

5-296
("El Mercantil Valenciano", Valencia, 28 julio)

El epílogo de la guerra.-El fin del patrimonialismo.

"La Lucha", Barcelona /30 julio./1918

Hay que insistir. Lo que más daña al patriotismo, al verdadero patriotismo, es el patrimonialismo; lo que deshace las patrias o las impide formarse es el patrimonio, es la concepción monárquica o aristocrática patrimonial, es el considerar las naciones como patrimonio de una familia o de una tribu de ellas.

La verdadera patria, a pesar de su nombre: «patria», derivado de «pater», padre, es una hermandad, una fraternidad. Y si en ella aparece presidiendo o gobernando un hermano — que lo mismo puede ser el mayor que el menor— es por acuerdo y delegación de los otros todos.

«Libertad, igualdad y fraternidad» fué el lema inmortal de la gran Revolución, la que produjo el cristianismo renaciente; pero hay que considerar que la libertad y la igualdad no preceden a la fraternidad, sino que nacen de ésta. Lo primero es la fraternidad, el sentimiento de la hermandad nace. Y la hermandad es patria. En cambio, del patrimonialismo no nacen sino la autoridad y el privilegio. «Autoridad, privilegio y paternidad» es, pues, el lema opuesto a aquel otro.

La concepción patrimonial lleva consigo el considerar a un pueblo como un eterno menor de edad y el regirlo como un padre rige a sus hijos menores de edad. Y es que un padre es, naturalmente, déspota, pues sabe que no puede dar



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



siempre a sus hijos las razones por las que les prescribe tal o cual orden, ya que entre otras cosas no habrían de entenderlas las más de las veces. A un niño enfermo no se le puede reducir con sólo razones a que se tome una medicina que le amarga o le causa dolor.

Las familias reinantes de monarquías o imperios patrimoniales tienen un número de criados a sueldo, entre los que se cuenta el ejército — que suele ser lo más servil y lo más ciego, — y el resto son a modo de renteros o colonos que le labran el patrimonio. Y esas familias, incluyendo en la familia la servidumbre directa o doméstica, gobiernan en lo más vital, despóticamente. Llevan al pueblo a la guerra o a la paz, sin discutirlo antes públicamente, como en una hermandad o verdadera patria se haría, sin dar al pueblo las razones de por qué se le lleva a la paz o a la guerra. El secreto es su resorte de gobierno. Es decir que éste es despótico.

Y si los fines de esta guerra son por parte de los aliados los que con más precisión y claridad que otro alguno ha expuesto, el presidente Wilson, el representante internacional de la gran Hermandad — Brotherhood — norteamericana, la Liga de las Naciones, esto es, de las Patrias o Hermandades, y no de los reyes, no Santas Alianzas con sus pactos de familia, entonces lo que tiene que desaparecer es el despotismo, por ilustrado y hasta beneficioso que se le suponga; es el régimen basado en el secreto que con los menores de edad se usa.

Y una hermandad, una patria, es una República, una cosa pública, sea cual fuere la forma externa de su régimen político, porque una hermandad, una patria, es una sociedad en que no se toma decisión alguna pública, sino públicamente y conociendo todos los herma-



nos, todos los ciudadanos, las razones de la decisión.

Una liga de hermandades, de patrias, y no de autoridades, de patrimonios, su pondrá el fin de la vieja diplomacia fundada en alianzas, pactos y tratados secretos. Y llamamos vieja a la diplomacia de hace cuatro años para atrás. En estos cuatro años ha envejecido—y ha envejecido por sangría—aquella diplomacia. Lo que aquí, en el patrimonio de España, que no en la patria o hermandad española, representa acaso más que otro alguno el Dato ese. Dato que creyó en un tiempo que la paz se firmaría en el patrimonio de la Casa Borbónica establecida en España y que esa casa cobraría el alboroque de la negociación.

Toda la sangre vertida en esta guerra desencadenada por el patrimonialismo de los Habsburgos y los Hohenzollern, con sus mesnadas y clientelas, toda esa sangre podrá darse por bien empleada si con ella se sella el acabamiento del patrimonialismo y el comienzo del verdadero patriotismo; toda esa sangre no se habrá derramado en vano si gracias e ella se acaba el régimen de alianzas y tratados secretos.

Ni libertad ni igualdad ante la ley son compatibles con el régimen de secreto. No se le coarta, sino que antes bien se le protege y confirma a uno su libertad impidiéndole atentar a la libertad ajena, pero es cuando se le da la razón del impedimento. La libertad no es más que la conciencia de la ley—si un planeta tuviese conciencia de las leyes astronómicas que regulan sus movimientos, sería libre,—pero la conciencia es razón, y el que no conoce la razón de su propia ley no tiene conciencia de ella, y por lo tanto no es libre.



Los reyes no suelen buscar patriotismo en sus súbditos y aun antes bien este patriotismo les molesta; los reyes no suelen pedir a sus súbditos otra cosa que lealtad. Y lo que ellos entienden por lealtad no es otra cosa que sumisión al patrimonialismo. Y así en 1898 y en los años tenebrosos que le precedieron los gobernantes españoles, leales servidores del patrimonialismo—que representaba entonces aquí una Habsburgo,—fueron traidores al patriotismo; vendieron la patria, la hermandad al patrimonio regio y a la autoridad despótica. No evitaron el desastre porque temieron que su evitación fuese el fin del patrimonialismo, aunque el renacer—o acaso, nacer—de la patria.

Don Antonio Cánovas del Castillo en sus «Estudios del reinado de Felipe IV» asstuvo que en aquella España de la primera mitad del siglo XVII, patrimonio del anteúltimo de los Austrias, no había verdadero patriotismo, y que si Felipe IV, que no España, perdió Portugal, fué porque en Portugal no le había. Porque no era hermandad, porque no era patria se hundió aquel «imposible coloso»—así se le llamó al mismo Cánovas,—que fué el imperio patrimonial de los Austrias con sede regia en España. Acaso no fué tan tiránico como se ha dicho, pero fué despótico. Jamás se le consultó al pueblo español sobre los tratos y contratos secretos de sus soberanos.

MIGUEL DE UNAMUNO

